



Cómo
me hice lectora
(cuando creían que era un caso perdido)

EVE GIL

Para Felipe Garrido

Durante una entrevista con Felipe Garrido, uno de los más apasionados –si no es que el más– promotores de la lectura y nuevo miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, hablamos abundantemente acerca del cambio que puede representar el hábito de la lectura en los seres humanos. La única clase de cambio capaz de transformar a una nación: entre más letrado un país, menos posibilidad existe de que elijan gobiernos como los que hasta la fecha nos han sumido en el hambre, la ignorancia y el ridículo internacional. Esta charla

–porque en algún momento dejé de ser entrevista para trastocarse en charla– me hizo realizar un ejercicio de regresión a mi infancia, a mis orígenes como lectora. En su libro, *Para leer mejor* (Planeta, 2004), el maestro Garrido dice una verdad irrefutable: no se puede ser escritor si antes no se es lector. No puede uno profesionalizarse como escritor si antes no se ha profesionalizado como lector, y definitivamente, y esto también lo dice Garrido: el escritor lee mucho más de lo que escribe.

Este texto pretende ser una continuación de esa charla, pues no tuve tiempo de ahondar con el maestro Garrido acerca de mi experiencia personal como lectora, algo a lo que llegué por una extraordinaria casualidad, sin que nadie me lo inculcara o promoviera. De alguna forma hubo química entre el libro y yo. El libro como objeto, quiero decir, porque su olor, desde el primer momento en que lo percibí, me enganchó como si contuviera feromonas o algo por el estilo. El aroma de un libro nuevo me remonta necesariamente a la infancia, aunque el de los libros viejos me es tan placentero que he considerado la posibilidad (en serio) de envasarlo. Mi primer acerca-

miento a la lectura se originó, pues, por una atracción física hacia el libro, aunque pareciera extraño.

Mi padre era ingeniero automotriz, con un master en la Universidad de Zurich, Alemania, sin embargo no recuerdo haberlo visto leer nada que no fuera la revista *Impacto* y periódicos tales como el desaparecido *Cine mundial* y el *Esto*. El momento en que él se consagraba a la lectura de estas publicaciones era casi sagrado: nadie podía hablarle, ni molestarlo, y a veces lo veía reír a mandíbula batiente, para a continuación explicarnos a mi mamá y a mí el motivo, con pelos y señales, hasta contagiarnos su risa: por lo general se trataba de notas que tenían que ver con el presidente en turno (Echeverría o López Portillo), en una época en que los diarios eran especialmente maniqueos, mentirosos y reverentes con el poder. Mi papá inculcó en mí, no el hábito de la cultura, sino el interés por la política, aunque procuro no hablar de ello (ni de religión). Me explicaba la mentira, la mañosada que acababa de leer sin subestimar mi inteligencia, a pesar de que yo era muy pequeña.

Mi madre era voraz lectora de historietas y de revistas femeninas. Respecto a las primeras, tuve mi primer contacto con *Memín Pingüin* y *Lágrimas*, risas y amor apenas aprendí a leer, a los cinco años. Aunque éstas incluían besos y cuerpos entrelazados en la penumbra, nadie me prohibía leerlas, y a mí me subyugaban esas historias de sirvientas enamoradas de sus patrones. Una en particular, *Memorias de un canalla*, la que con más cariño recuerdo (ambientada en la Francia del siglo XVIII, con mosqueteros, carruajes, bucles y enfermos de lepra y sífilis) despertó mi curiosidad en saber quién era Molière, quien aparecía como personaje. De las revistas femeninas, a mi mamá no le interesaban tanto las modas ni los peinados como las biografías de reyes y princesas, el best seller condensado (en el caso de la revista *Activa*) y la novelita de Corín Tellado (en el caso de la revista *Vanidades*, que sigue circulando). Como a los best sellers los podaban para que cupieran en diez cuartillas, no incluían escenas sexuales ni palabrotas, por lo que mi

mamá no ponía reparo en que yo los leyera. A los diez años ya había leído a Irving Wallace y a Jackie Collins en sus versiones decentes. Ante su desmedida afición por las revistas (nuestro departamento estaba atiborrado de ellas), mamá optó por suscribirse a todas y cada una, y con la suscripción te obsequiaban un libro de Editorial Bruguera. Tengo muy presente el momento en que mamá recibió los primeros números de la revista *Cosmopolitan* y dejó de lado, sin siquiera verlo, un libro de mediano grosor, de tapas blancas, que desprendía ese aroma precioso del que hablaba al principio. Cuando ella se hubo retirado, feliz con su cargamento de revistas, fui hasta el libro abandonado en la mesa del comedor: *El castillo de Kafka*. A mis ocho o nueve años no podía tener la menor idea de quien era Kafka, pero el libro, como objeto, me pareció tan hermoso, que me apropié de él. A Kafka le siguieron *Ana Karenina* de Tolstoi, *Por quien doblan las campanas* de Ernst Hemingway, *Madame Bovary* de Flaubert, y el que habría de cambiar mi vida: *Cuentos completos* de Oscar Wilde. Cargué con todos a mi habitación sin que nadie me objetara por ello. Recuerdo que intenté leerlos cuando aún estaba en la primaria. Lo intenté una y otra vez, pero no entendía, así que los dejé descansar por años, como parte del decorado de mi cuarto, oliéndolos de vez en cuando.

El primer libro que leí completito, me avergüenza reconocerlo, no fue ninguno de estos. Un día noté que mi mamá ocultaba algo bajo la almohada, celosamente. Se trataba de *A calzón amarrado* de Irma Serrano, que por cierto no tenía olor. Me las ingenié para leerlo sin que ella se diera cuenta. Tenía la letra bastante grande, fotografías de desnudos de *La Tigresa* (nada ofensivo, en realidad) y dibujitos muy graciosos. Recuerdo en particular un capítulo: “De cuando Díaz Ordaz me pelaba las naranjas”. Huelga decir que no le encontré mucho sentido a eso (¿qué tiene de emocionante pelar naranjas?, ¿y luego con Díaz Ordaz?, me pregunté una y otra vez) pero me divertían las palabrotas, que eran muchas, muchísimas. Entonces yo tenía la misma manía de mi hija mayor: me

ponía a buscar groserías en el diccionario para comprobar su significado y reírme de la solemnidad con que decía, por ejemplo, que “pendejo” significaba “hombre cobarde y pusilánime”, lo que me llevaba a buscar el significado de “pusilánime”, y así ad infinitum.

Llegué a los trece años con una carga de literatura nada recomendable en la cabeza, porque además del libro antes citado también me las ingenié para leer a hurtadillas un par de libros de José Pérez Chowell (¿alguien se acuerda de él?), uno de los cuales hablaba del despertar sexual de una adolescente, y los consabidos *Pregúntale a Alicia*, *Sara T.* y *Nacida inocente*. En la secundaria habían pretendido obligarme a leer “*María*” de Jorge Isaacs y “*Marianela*” de Pérez Galdós, pero sobornaba a la chica letrada del salón para que me contara las historias y pasar los exámenes orales. Mi inocente maestra de español cayó enferma y la suplió la directora a la que no se le ocurrió nada mejor que ponernos a leer en voz alta *El ruiseñor* y *la rosa* de Oscar Wilde. En las lecturas en voz alta, en la que los lectores se van cediendo la palabra uno al otro, hay que seguir atentamente el curso de la narración para no hacer el ridículo cuando te toque. Así pues, cada punto y aparte le llegaba el turno a la chica sentada atrás de la que había leído el párrafo anterior, y a mí me tocó leer la parte en que el ruiseñor se desangra con la espina clavada al pecho. No pude hablar llegado mi turno, tenía un nudo de lágrimas en la garganta. Abría la boca y de ella no brotaba más que un quejido. Creyeron que me estaba haciendo la payasa (yo era de las más relajientas) y empezaron las risas; la maestra me gritó que dejara de hacerme la chistosita o me saliera, pero de pronto empecé a llorar. Verdaderos lagrimones. No pude, definitivamente, pronunciar palabra. Mis compañeras estallaron en carcajadas. La directora me ordenó salir de su clase inmediatamente y me puso 5 en español (el primero y último de toda mi vida, porque era una de las materias en que más destacaba, junto con *Civismo e Historia*). Nunca creyeron que estaba llorando de verdad, que estaba sintiendo como mía la agonía del ruiseñor. Lloré, lloré y lloré todo el día. Mi

mamá sí me creyó y me dijo, muy alarmada, que no volviera a leer ese “cuento feo”, pero no le hice caso: lo leí nuevamente, en la intimidad de mi cuarto. Volví a llorar. Pero ese llanto ya no era de pena y dolor por el ruiseñor, era otra cosa: había descubierto la literatura.

Antonio Alatorre y Juan José Arreola habían leído cerca de 300 libros a la misma edad en que yo me iniciaba apenas: los trece años. Seguramente había leído unos cincuenta libros antes de los cuentos completos de Wilde, pero ninguno que me hubiera provocado esto; ninguno que me dejara un recuerdo perdurable, que me hiciera desear aprenderme de memoria un párrafo. Sin embargo, reconozco que esos libros chatarra, por llamarlos de algún modo, me condujeron a otros. En su introducción a la nueva edición de las cartas de Frida Kahlo de Raquel Tibol, Alatorre dice algo que me hizo sonreír, por la sabiduría que encierra, y porque puedo certificarlo: “Una vez –cuenta –iba yo de pie en un tranvía, y ante mis ojos estaba, sentada, una señorita con aspecto de secretaria de oficina, concentradísima, a solas consigo misma, absorta en la lectura ¡de una novela de Corín Tellado! Se me reveló entonces, como en un relámpago, la desnuda Verdad: para esa señorita, para ese ser humano normal, Corín Tellado era cien por ciento literatura como Flaubert o Proust para otros lectores (y quizá para ella misma, más tarde). El encuentro de un autor y un lector tiene millones de realizaciones y escenificaciones.”

Existen cientos de factores que pueden propiciar el primer encuentro del potencial lector con la literatura: a través de un maestro, de un amigo, de una enfermedad (Sergio Pitol, Juan García Ponce y María Luisa Mendoza descubrieron la literatura en la infancia, cuando sus padres los entretuvieron con libros durante una enfermedad que los postró en cama), de un impulso, etc. Lo único que tienen en común todos los lectores de este mundo, es que su acercamiento a los libros se dio en forma espontánea. No conozco a nadie que se haya hecho lector en la escuela –no nos engañemos, los programas de estudios están especialmente diseñados para ahuyentar a

los niños de los libros–, ni por obligación o deber; o que haya empezado, por default, con García Márquez. Me causan un poco de gracia esos libros tan de moda, que pretenden ser un lazarillo para quienes deseen incursionar en la lectura de literatura (es necesario aclarar, porque no podemos contar como lectores a los consumidores de Carlos Cuauhtémoc Sánchez, por ejemplo). En todo caso, deberían ir dirigidos (como los que ha escrito el maestro Garrido) a lectores hechos y derechos que puedan, a su vez, contribuir a la formación de otros.

No me parece correcto que, en nombre de la literatura, se obligue a las criaturas a renunciar a los cómics y a las revistas de crucigramas y actividades. Créanme: esas lecturas que juzgamos superficiales no son más que un eslabón, parte del aprendizaje. Alatorre dice bien: a esa lectora de Corín Tellado le será fácil interesarse en Madame Bovary, si se deja llevar por su intuición. Pongo otro ejemplo: del libro vaquero se puede pasar a Marcial Lafuente Estefanía, y de éste a Pérez Reverte, y de éste a Norman Mailer. Lo que no debe suceder es atorarse en la primera fase, experimentar en algún momento la necesidad de pasar a algo más, exigirse a uno mismo la exacerbación continua del goce de la lectura: el único vicio saludable que existe.

evelinamaria@poetic.com



Juan Ramón Lemus